

Clara Janés

KAMASUTRA
PARA DORMIR A UN ESPECTRO

Prólogo de Victoria Cirlot

Dibujos de Sistiaga de la *Suite érotique*

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

<i>Prólogo de Victoria Cirlot</i>	9
I El color prohibido	13
Líneas espectrales	17
El color prohibido	27
III ... <i>Ad invisibilia...</i>	81
Notas	91
II Kamasutra para dormir a un espectro	97
Apéndice	149
Ψ o El jardín de las delicias (Selección)	151
Apostilla	177

DANZAN LAS PALABRAS

Uno de los síntomas característicos de los textos místicos consiste en su imposibilidad de permanecer dentro de un género específico para, por el contrario, abarcarlos todos, o al menos diversos, como si aquello de lo que hay que dar cuenta no pudiera limitarse a unas normas concretas. Un ejemplo significativo de esta manifestación múltiple de la escritura es *La luz fluyente de la divinidad*, de Matilde de Magdeburgo (segunda mitad del siglo XIII), que reúne verso y prosa, diálogos y monólogos, oraciones y canciones de amor, de modo que esa facultad abarcadora lo convierte en un auténtico «libro de la vida». Este libro de Clara Janés, que sigue fielmente el flujo de la vida haciendo verdad el aserto de Wittgenstein de que «incluso lo que sucede en el interior solo tiene sentido en el flujo de la vida» (citado en la pág. 83), quizá no sea propiamente un libro místico, si concebimos la mística como un fenómeno histórico desplegado en un período determinado dentro de la cultura europea (de los siglos XII al XVII, por ejemplo); pero sí es, indudablemente, un libro de la interioridad, de la experiencia interior, para retomar el célebre título de la obra de Georges Bataille, que como aquel contiene claras referencias a la tradición mística (Ángela de Foligno, entre otras muchas). Además, este libro propone un recorrido que va de lo invisible a lo visible. *Per visibilia ad invisibilia* (citado en la pág. 85), afirmaba el abad Suger de Saint-Denis dentro del neoplatonismo propio del siglo XII, aunque aquí efectivamente el recorrido está invertido, porque de lo que se trata es de dar cuerpo a lo invisible a través de las palabras que se mueven, las palabras que danzan.

El libro se compone de dos partes además de un apéndice y una apostilla, y cada una de estas partes está fechada: la

primera, titulada *El color prohibido*, fue escrita desde el verano hasta el invierno de 2016; la segunda, *Kamasutra para dormir a un espectro*, en la primavera de 2014. El *Ápndice* procede del otoño de 2013 y es una selección del poemario titulado ψ o *El jardín de las delicias*. La *Apostilla* reúne un *Minimo canzoniere* compuesto por nueve poemas fechados en diciembre de 2017. Así, el libro muestra un movimiento retrospectivo, yendo de los textos más recientes hasta los más antiguos, aquellos antiguos en los que ya se contenía lo nuevo, además de este final que nos sitúa directamente en el pasado más cercano. Todas estas partes están unidas por un mismo acontecimiento vital, una *Erlebnis* (vivencia) según el concepto empleado por Rainer Maria Rilke (citado en la pág. 85). Más concretamente, de lo que aquí se trata es de una vivencia de amor. ¿Pero en qué plano de la realidad se sitúa esa vivencia amorosa? Esa es una cuestión compleja que recorre todo el libro. A esa complejidad hay que añadirle además su carácter axial. La escritura de Clara Janés está orientada a mostrar ese misterio para que aclare el conocimiento y no a la inversa, tal y como quería René Magritte (citado en la pág. 149). En efecto, el libro da cuerpo al misterio.

El color prohibido: la diversidad de géneros (versos rimados, libres, prosa poética, relatos de acontecimientos, citas) alcanza unidad a partir del ritmo que crean los sonetos, catorce, que van apareciendo a lo largo de toda esta primera parte, mezclándose con las diversas prosas y con los otros poemas. Su forma tradicional y su lenguaje, en muchas ocasiones arcaico, supone una nítida ruptura con lo que le antecede y con lo que le sucede, creando así saltos y vacíos en el interior del texto. Los fragmentos en prosa son de índole también diversa, pues mientras unos alcanzan a veces el grado aforístico por la intensidad del pensamiento o son claramente prosa poética, otros relatan acontecimientos cotidianos y algunos llevan títulos: «Fantasma despierto» (pág. 24), « ψ » (pág. 37), «Estratos» (pág. 41), «*Erlebnis*» (pág. 85), otros no, así los que se inician directamente: «Me puse a escribirte, a estudiarte» (pág. 52), «En 1984 asistí...» (pág. 73). Estos fragmentos narran sucesos enlazados directamente con la vivencia interior, acontecimientos que suceden «fuera», sucesos de vida tales como acudir a una conferencia,

recibir un documento de una biblioteca, banales aparentemente, pero en realidad extraordinarios, pues revelan el misterio de la vida interior y exterior, dominadas ambas por el azar objetivo, tal y como lo llamaba André Breton, o por la sincronicidad en terminología junguiana. Esta primera parte es además polifónica, pues en ella oímos las voces de aquellos con los que la autora se compenetra y en los que halla respuestas a los enigmas, voces que son a veces como su eco: el poeta sueco Gunnar Ekelöf, el poeta alemán Johannes Bobrowski, Ungaretti, Teresa de Jesús y muchos otros, junto además a piezas musicales como el lamento de Dido en la ópera de Henry Purcell, de tal modo que toda esta primera parte se presenta como un *collage* hecho de materiales diversos, aunque cuanto más se penetra en ella, más se comprende que se trata de una «alfombra de la vida», porque todo está tejido, incluso quizás al ritmo del sonido de una flauta (Cristina Campo).

Pero ¿cuál es el asunto que se plantea en el libro? El elemento místico aflora aquí con inusitada fuerza. De lo que aquí se trata es de la unión, ¿carnal?, ¿espiritual?, de la unión con el Otro, que no soy yo pero que vive en mí, aunque de pronto me abandona y entonces se oye el grito. El lenguaje de Clara Janés se vuelve necesariamente místico porque no hay otro modo de hablar de esta forma de unión, del mismo modo que para hablar de la unión del alma con Dios, que es de lo que incansablemente nos hablan las místicas del siglo XIII, no hay otro lenguaje que el erótico. Encontramos citas al Cantar de los Cantares —el texto que, desde los sermones que le dedicara Bernardo de Claraval a principios del siglo XII, se habría de convertir en el modelo para las místicas hasta san Juan de la Cruz—, referencias al Apocalipsis, a otros pasajes bíblicos como el de la zarza ardiente. La poeta, ciertamente, no habla de Dios. Habla del «fantasma», es decir, de ese que carece de realidad material y física pero que la ha poseído enteramente: «Mis ojos se perdían en aquel movimiento dubitativo del río, cuando un grave ser de luz se apoderó de mí y me obligó a escribir» (pág. 101). En la segunda parte del libro, *Kamasutra para dormir a un espectro* entramos de lleno en el «cortejo del amor», en la «ceremonia del amor». Asistimos a la visibilidad de algo que siempre ha

permanecido oculto, nunca dicho, siempre en silencio. A lo largo de 30 fragmentos de prosa poética, precedidos por un prólogo (La posesión, pág. 101) y que finalizan con un epílogo (El despertar, pág. 141), contemplamos el acto de amor que se hace real en las palabras, en las «palabras-pensamiento», en «el lugar del gran vértigo». Son las palabras que se mueven y que danzan, para encarnar lo que es soplo, espíritu. Cuando al filo del año 1300, Margarita Porete en su *Espejo de las almas simples* llega a decir, o al menos eso nos parece, que la experiencia de Dios había acontecido en la escritura, estaba ya otorgando a la palabra ese estatuto de realidad. El libro de Clara Janés se inicia con una cita de Wittgenstein, «Las palabras son también acciones». Es ella quien lo demuestra en esta obra que rezuma verdad, conocimiento, búsqueda, comprensión y, sobre todo, prodigio de escritura. Un libro cerrado por nueve poemas que contienen el secreto de la transfiguración de la amada en el amado, último grado de perfección en la vida del espíritu.

VICTORIA CIRLOT

I

EL COLOR PROHIBIDO

*Worte sind auch taten*¹.

WITTGENSTEIN

¹ «Las palabras son también acciones».

LÍNEAS ESPECTRALES

*Olas, olas de mi corazón
bajo vosotras tres dormiré
bajo la cuarta, la más íntima
permaneceré despierto.*

GUNNAR EKELÖF

Retumba, ojos adentro...

JOHANNES BOBROWSKI

Áurea ingravidez y una alegría, de pronto, que respira en ti, sin que tú seas tú, pues el yo, el uno, no es uno sino otro, otro jamás visto en su materia. Azules ondeando, expandiéndose, meciendo a quien es ese uno y otro en sí, y confunde ojos y oídos, manos y lengua, y las fosas nasales que reciben el aire; fosas hacia la fosa pectoral para el que, por ser con el otro, ha dejado de ser, albergando vida y muerte desde el empíreo, aguas marinas, aguas del nacimiento y de la desaparición, porque al ser el otro, el uno es trasladado a ausencia.

En el horizonte, todo son dunas fugitivas que se llevan la blancura; rúbeas cintas flanqueando una ascensión más allá del propio alcance. Hay un amado y un amante transformados sin forma, como un manar sin por qué. Y, de puro gozo, a sí mismo se entroniza aquel deseo de muerte. Hay un amado y un amante siendo sin espacio, permaneciendo sin tiempo, elevándose en acordes, cruzando lívidas lunas y soles cárdenos, las nubes ámbar, los celestes prados hacia la bóveda —que es corona, anillo y palma—, entregados al ritmo del arrobo que estalla en grito: «¡Amor no conocido!, ¿y por qué, y por qué, y por qué?»².

² Famoso grito de Ángela de Foligno. Véanse Notas en la pág. 91.

El que esto vive, ebrio del cáliz del eros, barrunta entonces el arco de una posesión. La identidad ha borrado los límites, mas se adivina la hoguera donde quemar a la víctima del íncubo. Y el cielo son ya cenizas cruzadas por altas llamas, tempestuosos vientos que en la negrura mueven relámpagos, remolinos, meteoros... Y el cáliz, fulminado por un rayo, se quiebra a la vista de un nombre que lo abarca todo. El yo vuelve a ser yo, un yo abrasado de asombro. Aquel que ese nombre lleva se revela el «luminoso, el infinito espíritu/ solitario como un cisne/ [que] deja a un lado el cuerpo...» para luego regresar «a su otra morada», que es la mente... El dos impera y el dolor atraviesa como lanza al que esto ve, y es tan intenso por el desgarrar de la separación. Vanamente se construye y se destruye, se construye y se destruye hasta que la voz sabia puntúa: «El amor es fuerte como la muerte; el celo del amor es inflexible como el infierno».

Paso a paso, se fue desvelando entonces la flecha inversa hasta quedar cara a cara la secuencia y el sujeto. Asomaron los contornos, se llamaran confluencias, sincronidades, autohipnosis, pasión intelectual... Un remolino de ecos, como cuerdas resonando, atenuó el fragor del hondo estrato en sus metamorfosis: «... la experiencia demuestra que el yo, la conciencia, brotan de la vida inconsciente...»; «... el contenido de la conciencia es la realidad definitiva»; «... es una neuroquímica...». Desconocido y vivido se cortejaban.

Luz oscura, luz oscura...

Y en ese punto de lúcido desfallecimiento pensé en el frío, en la muerte térmica que precede a la vida, en el hielo negro que, imperturbable, espera.

Y no por el hielo negro
y no por hielo
que sea muerte
por rabioso fuego
que prende ya en las raíces
del árbol
que desde el hondo desgarro
de la raíz de la tierra
me sostiene
eco que me vivifica
mientras entrego el aliento
voces en llamas
te llaman
desde mi fondo
de fuego lenguas
que no por hielo
que no por el hielo negro
tu acristalada blancura
cisne de amor
incandescente en mi canto
se aposenta
centellas voy hacia el aire
voy hacia ti llameando
que no por el hielo negro
cisne de aire
cisne de aire
y silencio